

La Hoja de Parra



10 cts.

segunda época
año uno número uno

año uno
núm. uno

La Hoja de Parra

semanario satírico y galante

director: antonio gonzález-álvarez
redacción y administración:

editorial castro, s. a.
águeda diez, 5.—carabanchel bajo

segunda
época

domingo, 24 de mayo

a la sombra...

No conocemos vestidura más simple, y desde luego menos engorrosa, que la paradisiaca hoja de parra con que se cubrió Eva cuando dejó de ser una señorita respetable. Y, sin embargo al salir hoy a la calle con «La Hoja de Parra» nos encontramos más cohibidos de movimientos que un chiquillo con su primer pantalón largo. Porque en la historia del vestido, la hoja de parra significa...—vamos a ver si podemos decirlo correctamente—el rubor que sintió Eva cuando «lo de su desgracia»... Pero en la historia del periodismo «La Hoja de Parra» es todo lo contrario. Es la gracia de los escritores más amenos, más divertidos, más inspirados, de hace cuatro lustros. Juan Gómez-Hidalgo—un precursor de lo más literario y característico del periodismo actual, maestro de todos los reporteros jóvenes de hoy—Antonio de Llerama—que pudo clasificarse entre los grandes novelistas, o pudo conquistar un primer puesto entre los mejores autores dramáticos, o pudo ser lo que hubiera querido y todo lo sacrificó desinteresadamente a las páginas de los diarios y a la política activa renunciando de antemano a la recompensa. Y César Jalón; y, sobre todo, Carlos Miranda, con sus «De parranda» sabrosas, intencionadas, alarde de gracejo, y de habilidad y personalidad periodísticas.

Carlos Miranda marcó una época. Cuando el gran escritor y poeta, murió, le substituyó—y ¡qué difícil era substituirle!—Eduardo Rosón, otra pluma de maestro.

Artísticamente «La Hoja de Parra» es la revelación de «Demetrio», el hombre de las piernas más bonitas y más apetecibles del mundo. El de las mujercitas curiosas y el de las «jamonas» voraces. El del lápiz lascivo que nadie supo manejar como él. El que elevó con sus dibujos la tirada del simpático semanario, de los 55.000 a los 80.000 ejemplares...

Recordando todo esto... «nos tartamudea la pluma» cuando escribimos estas líneas sobre la hoja, recién arrancada de aquella parra todavía verde y fresca. Que no se nos marchite este árbol y que su fruto vuelva a regalaros el paladar como aquellos racimos de otro tiempo..

JOSE ROMERO CUESTA



la novia de españa



UANDO Imperio Argentina que, dicho sea de paso, está de guapa y de rica como pueden ver ustedes por la fotografía que publicamos, llegó a los «Studios Paramount de Joinville», ella misma no soñaba con el éxito formidable que ha obtenido en su nuevo aspecto de «star» de la pantalla. En «Su noche de bodas» está realmente maravillosa. ¡Ay! en «Su noche de bodas»... Los que no hayan visto la película, figúrense ustedes cómo estará la divina criatura en esa nohcecita.

¡Ah! un olvido que deja de serlo porque se lo vamos a decir en este momento:

Después de la proclamación de la República Española, ¿no le parece a Imperio Argentina, que eso de Imperio debe substituirse por «algo» más izquierdista?

Lo malo es que no se puede «poner» República Argentina. No porque el nombre sea feo, sino porque República Argentina.. está muy lejos y queremos que Imperio esté siempre cerca de nosotros



¿A mi con seltz...

Un zanguilargo autorcete de cancioncillas mediocres nos decía para *épatar*, la otra noche:

—Estoy estudiando como un jabato.

—¿Tú?—le interrogamos—. ¿Y qué estudias?

—Idiomas. Me he enterado de que eso de traducir comedias está muy bien. Ya he terminado el segundo curso de

¡AH! ENTONCES...



La señora.—¿Por qué no ha acudido la cocinera?

El criado.—Porque está haciendo un pollo asado.

—Y la pincha ¿qué hace?

—La pincha está haciendo un cabrito.

francés, y en seguida *me meto* con el alemán.

A lo que respondió un amigo nuestro:

—¡Chico, chico! ¡Estupendo! Alemán... francés... ¡Admirable! ¿Y con el castellano, cuando nos metemos?

Pepito Romeu, el artista de actividades multifacéticas, tan pronto actor de verso como cineasta, cantante, instrumentista y compositor, se casa. O por lo menos ha iniciado una «entente» amorosa con cierta tiple cantante guapísima.

Felicitemos a Pepito por su rasgo, y ¡qué demonches! por darle un mentís a cierto amigo de casa—mala lengua él—que sostenía siempre que a Romeu podía aplicársele, reformado, el cuplet que ha popularizado el simpático humorista «Guillén»:

*Cásate Pepito,
Pepito cástate,
que ya las vecindonas
murmuran no se qué...*

Hace algunas noches que en cierta tertulia del «Universal» oímos exclamar a una distinguida dama, mamá de un guayabo quinceañero y varietinesco, al que habían despedido del cabaret donde actuaba, por desconsideraciones en su trato con la clientela:

—*Miá* que decir que mi niña no *tié ducación*, ni maneras distinguidas! ¡Pero si la tengo *enseñá* a tutear a *toós* los señores de los palcos, aunque no los *cozca*!...



la circuncisión del señor

«Aquellos polvos, traen estos lodos.»

Así reza un refrán antiguo, y de su acierto puede dar fe el señor Joaquín, que después de unas noches de juer-ga—«garbeo» que llamamos los casti-zos—tuvo que ir a que le reconociera un médico especialista en esas enferme-dades policíacas—¡ como que son secre-tas!—y le diagnosticara sobre cierta prominencia que poseía, según se entra a mano izquierda.

—Esto no es nada; no se preocupe—le dijo el gale-no—abstinencia de carne y ante todo higiene, mucha hi-giene!

—De modo que ¿puedo estar tranquilo?

—Completamente, y para mayor seguridad de usted en lo sucesivo, le aconsejo que se haga la circuncisión

—¿Y qué es eso?

—Nada; una pequeña operación quirúrgica consis-tente en un corte; como le digo, nada. Y para que la operación se realice con más éxito, le recomiendo al doc-tor Cortalá que en eso es una verdadera eminencia.

Siguiendo los consejos del médico decidió hacerse la circuncisión, y un buen día se presentó en casa del doc-tor Cortalá, dispuesto a que le cortara no sólo la parte dolorida, sino a que le hi-cieran la trepanación.

—Usted dirá—le interrogó el gran operador.

—Pues mire yo vengo a que me haga una operación que no me acuerdo cómo se llama, pero que se reduce a que me corte usted esto.

Examinó el médico la parte operable sin ver nada de particular, manifestándole:

LE HACE FALTA UN APRENDIZ



—Oye rica:
¿me la quieres
menear?



—Yo, la verdad, no veo el motivo por que esto haya que cortarlo; existen, sí, vestigios de haber estado dolorida, pero no para recurrir a un medio heroico como el que pretende.

—Corte, corte sin miedo, que ya sé yo que esto es bueno; me lo ha dicho el médico que me ha recomendado a usted.

—Bueno, si usted se empeña, lo haremos, pero que conste que yo no veo motivo para ello.

Se hicieron los prolegómenos de la operación, se le anestesió y después ¡zás! De un tajo.

—No me ha dolido nada—comentó el señor Joaquín. Mucho me habían elogia-

do su habilidad, pero nunca creí que fuera tanta.

—Esto no es nada—contestó halagado el doctor.

En lo que yo estoy verdaderamente especializado es en hacer la circuncisión.

—¡Ay mi madre! ¡Pero si lo que yo quería era eso...!

.....

En la actualidad el señor Joaquín está de jefe de eunucos en un harem del lejano Oriente y ha cambiado su nombre cristiano de Joaquín, por el de Nipizka, que es más expresivo...

José Luis FERNANDEZ.

DESPUES DE LAS VACACIONES



—¡Caramba, señorita Pérez! ¡Ya era hora de que se la viera a usted el pelo!...



quisicosas inocentes

I

¡OJO, CONCEJALES!

Si alguno, sin yo morir,
alzar mi estatua quisiera,
yo, de ninguna manera
lo habría de consentir,
pues, siempre, al pasar al lado
de la escultura, creería
que había muerto, y vería
mi estatua sobresaltado...

Mas de un temor tan chocante
libre estoy en los Madriles,
pues conozco a sus ediles...
y no hay quien me la levante.

II

FRASE PERIODÍSTICA

—Padre: con los novios
Próspero y Marcial
¿vamos a dar vueltas
por la capital?

—Id; mas no olvidaros
de mi observación.
Ya sabeis: «prohibida
la reproducción.»

III

UN ENCARGO

Al contador del Circo
dijo Luis Talco:

—Por si venir pudiera,
córteme un palco.

Telefónicamente
diré si puedo.

Y el contador le dijo:

—Llame sin miedo.

... ..

Pudo Luis. El encargo

delegó en Blasa;
y la chica, obediente,

desde su casa,
por teléfono al Circo
dijo muy grave:

—A don Luis, que le corten
lo que usted sabe.

IV

ANSIA DE VIVIR

Siempre dice Pepe Algorta:

—Aún cuando es la vida amarga,
larga vida es lo que importa.

¡Si la tienen otros corta,
yo al quiero tener larga!

V

PARA UNA REVISTA

—Te encargo, Juan, que hagas algo
serio sobre «La Mujer».

Sobre «La Hija» lo hizo Gómez
y sobre «La Esposa», Andrés.

Haz tú, pues, sobre «La Madre»
lo que te plazca.

—Lo haré.

Pero antes ¿quieres decirme
sobre la madre de quién?...

VI

¿DI EN EL CLAVO?

Un viejo hablador e iluso
decía ayer en el bar:

—¡Lo que yo haría si entrase
en un harem!... ¡Casi ná!...

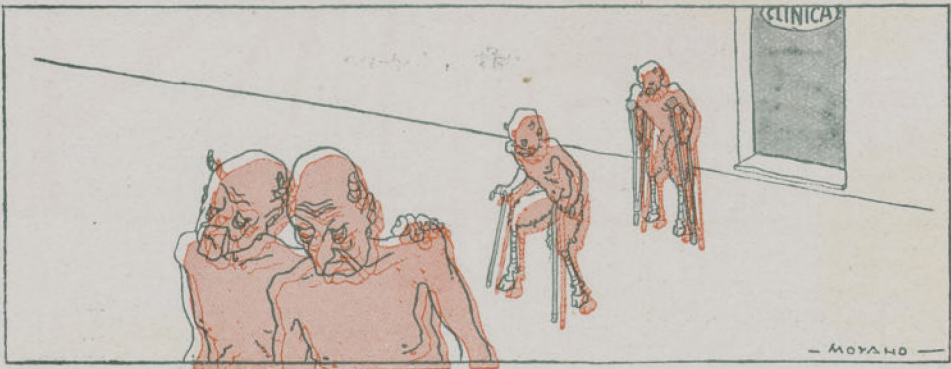
Haría el amor a todas
y no quedaría mal...

Y yo, que le estaba oyendo,
sólo exclamé:—¡Lenguaraz!...

JUAN PEREZ ZUÑIGA.



el asalto a las vírgenes





las dos hojas

La primera hoja de parra conocida sirvió para tapar la vergüenza de la Humanidad. Vergüenza escasisima, porque el tamaño de la hoja citada no es excesivo.

Al rodar de los siglos las cosas han cambiado. Lo prueba La Hoja de Parra que tienen ustedes en la mano y que

ya no sirve para tapar nada, sino para destapar el ingenio feliz de unos cuantos jóvenes, que semanalmente les divertirán a ustedes con el donaire y la gracia de un talento agudo y moderno.

Que ellos acierten en su labor jocosa, que ustedes la disfruten y que yo lo vea.

CARLOS ARNICHES



—Y si vuestros maridos chismorrear a vuestras espaldas, no consentirlo.

Por delante todo lo que quieran, pero por detrás ¡¡nada!!



Mono sin pie.

Tirada de este número: 100 millares.



perversidad

Lumbre crepuscular.
Al fondo una iglesuca ruinosa.
Cerca, una cruz de mármol y una fosa.
Más lejos, un pinar.

Ella, flexible, serpentina, ardiente,
quedó sola y desnuda en los matojos:
marfil antiguo el arco de la frente,
hondo el interrogante de los ojos.
Junto a su cuerpo un galgo ruso espera
semienroscado y quieto.

Catorce vueltas dió. ¡Como que era
un galgo digno del mejor soneto!...
Cielo sin luna. En el terrón tendida,
ofrece al cielo una explosión de vida
detonante y feroz como un disparo
la doncella gentil.

Una nube ha pasado por el aro
de otra nube. Y aplaude el campanil.
Noche de nupcia. Polución frenética
entre el tronco y la flor;
todo amor natural tiene una estética,
y toda exquisitez tiene un amor.
Luego, nada. La niña se ha dormido.
Silencio en la caverna y en el nido.
Misticismo. Emoción. Pudibundez.
Cuando la nueva Aurora el rostro inflame,
arderá de rubor la candidez.
El galgo se relame,
y se enrosca otra vez.

FÉLIX PAREDES.

SORPRENDIDOS



—Mire guarda: Cuando usted llegó la
estaba diciendo: ¡espera! ¡espera!
El guardia.—¡Si espera o no espera
ya se lo dirá a usted el comisario!

CONFIDENCIA



—¿Y no te dice nada tu marido por
gastar esas camisas abiertas por detrás?
—No; sabe que soy caprichosa, y
como ahora me da por ahí...



una noche toledana...

Cielo azul. Claros luceros. Alta noche. Luna blanca que envuelve como un sudario, de fría luz argentada, luna de encanto y misterio, la calleja toledana.

Todo duerme en un silencio profundo de abracadabra; tan sólo el gallo vigila, lejano un sabueso ladra, y una lechuza inquietante turba la solemne calma del silencio nocheriego, con sordo batir de alas.

Parece que allá, en el cielo, duermen las estrellas blancas, recogiendo pudorosas sus claras hebras de plata, y las sombras son más densas, y las sombras se agigantan, y hasta el silencio dormita junto a las puertas cerradas...

De pronto, rasgan los aires, graves, sonoras, pausadas, de un reloj las broncas voces, no se dónde, no se cuántas...

* * *

—¿Dije que todo es silencio? ¿Dije que todo está en calma? ¿Dije que estaba desierta la calleja toledana? ¡Mentira, voto a San Dimas! ¡Mentira, voto a Santa Agueda! que en la calleja hay un hombre de lengua y airosa capa, de relucientes espuelas, de larga y cortante espada, que cabe el amplio chambergo la faz enjuta, recata, y al so-caire de los muros, temeroso, o ruin, avanza...

• • •

Existe en lo más vetusto de la ciudad toledana cierta calle pina y triste que Pozo Amargo se llama, y en ella un viejo palacio de finas rejas labradas, de amplios balcones volantes, de blasonada portada, de muros ennegrecidos y de carcomidas gárgolas.

Rancia mansión venerable, do según leyendas hablan, vieron las luces primeras cien preclaros patriarcas.



El chico.—¡A diez céntimos LA HOJA DE PARRA!

Ella.—Oye chico: ¿Por qué vendes esa revista tan barata?

El chico.—Porque LA HOJA DE PARRA es para ponerla a gorda.



Una posse moderna. Ella levanta la pierna y levanta... nuestro espíritu de artistas

Frente a este palacio arcaico, que hoy santifica la fama, el temeroso embozado detiene su cauta marcha y ante una reja, salida de las forjas sevillanas, da, tras de mirar en torno, quedamente dos palmadas.

—¡Mi Nuño!—susurra al pronto la voz dulce de una dama.

—¡Doña Aldonza!

—¡Por Dios vivo, que impaciente os aguardaba!

—Vengo dispuesto a probaros, doña Aldonza, que es mi alma, roja fragua de Vulcano donde mi pasión se abrasa.

—¿Y es muy grande, dueño amado?

—¿Que si es grande? ¡Voto a Wamba! ¡No hallaréis otra en Toledo mayor, ni más colorada!

Oigo un rebullir de tela que nerviosa mano escarba y un «¡Mirad!» dice don Nuño, y un «¡Gran Dios!» grita la dama, al par que contra los hierros de la reja se abalanza, y ansiosas prenden sus manos algo que a mi vista escapa.

—¡Qué gordo, Nuño qué gordo!

—¿Os gusta?

—¡Menuda alhaja! ¿Permitis que me lo pruebe?

—¿Por qué no?

—¡Oh! ¡Gracias, gracias!...

Don Nuño con ansia loca contra la reja se aplasta, y al momento se perciben claramente estas palabras:

—Permitid...

—¡Que me hacéis daño!

—Con saliva...

—¡Tened calma!

—Es estrecho...

—No me cabe...

Y yo, que tengo la santa pachorra de estar oyendo la escenita, grito:

—¡Basta! Que, o vamos a jugar todos, o se rompe la baraja!

Pero calculad, lectores, la magnitud de mi plancha, cuando a la luz de Febbea puedo comprobar ¡que estaba don Nuño probando a Aldonza su anillo de desposada!...

GONZALITO

¡pecado!

Yo tuve una querida a quien era lo mismo hablarle de la Iglesia que hablarle de Erotismo. Mezclaba las caricias de sus ricas orgías con novenas y credos y con avemarías.

Un día, siendo mía, y yo de ella también me contestó gozando del amor: ¡amén!

EZEQUIEL ENDERIZ.



cuestión de honor

¡Granada! ¡Albaicín! ¡Sierra Nevada! ¡Alhambra! ¡Recuerdos de morería! ¡Boabdil que coge una perra cuando le quitan la llave! ¡Unidad española! ¡Unidad, decena! (¡de cena bacalao!) Un atardecer en los alrededores de las cuevas gitanas donde una zambra alegre, con el vino y los ojos de las «churumbelas», una fiesta pagada por unos «señoritos». ¡Guitarras! ¡Panderos! ¡Canciones, madrugales!... ¡Andalucía!

* * *

Junto a una de estas cuevas, un «cañí» brinda amores a una bella gitana en cuya boca escarlata palpita un beso sin nacer. El gitano enamorado, ansioso de caricias requiere a la bella para que se pierda con él por las veredas solitarias, dando envidia al lucerillo de la tarde que ya lo es de la noche que avanza.

Ella dice que no, que no..., pero se alza del suelo lentamente, y colgándose del brazo del gitano va adonde él quiere... y su ardor de mujer la empuja.

Varios murciélagos cruzan volando casi al ras del suelo. Una lechuza contempla con pena la cerrada puerta de un convento de los que no se han quemado, y la Luna (¡esa gran alcahueta!) asoma melancólica por entre los montes lejanos, testigos mudos del esplendor de aquella civilización que fué cuna y cama de matrimonio del arte, de la ciencia y del fanatismo.

Al doblar el camino y junto a una venta o ventorro, se topó la pareja con otra de «señoritos» de «guita» que se quedaron absortos ante la belleza salvaje de la gitana. El amante, fulminó con una mi-



Esta mujer está en los brazos... de un sillón. Hay veces en que ser un «trasto» es envidiable... ¿verdad lectores?

rada de celos y de odio a los dos importunos, pero éstos, lejos de arredrarse por el aspecto feroz del gitano, continuaron «castigando» a la bella que—¡al fin mujer!—no parecía mostrar mucho enojo por la inspección de que era objeto.

El gitano en un arranque de ira, se apartó de un salto, y mascullando palabras de venganza salió corriendo hacia las cuevas. La gitana rogaba a los señores que se retirasen, «porque su Antonio—¡le conocía bien!—había ido a casa a proveerse de una faca que guardaba debajo de la cama y que al abrirla, tocaba con sus muelles el Himno de Riego completo, y sin duda iba a matar con ella a los osados»...



Uno de los importunos celoso de la integridad de sus vísceras, giró sobre sí mismo y con un «hasta la güelta, prenda!» desapareció en la oscuridad, pero el otro, más entero o más enamorado se adhirió a la jarifa y con suave palique procuró tranquilizarla. Pasó mucho tiempo; Antonio no volvía y la pareja, cansada de aguardar la venganza del celoso, tomó el camino de la vereda solitaria...

Poco después, tras de unos jarales, se oían frases como éstas:

—¡ Mi vida ! ¡ Mi cielo ! ¡ Rica !

—¡ Ay, gitano, qué poco pesas !... ..

—... ..

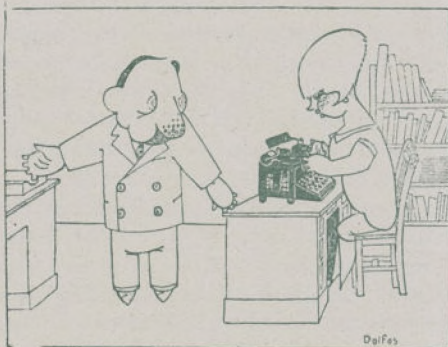
De repente, un grito salvaje, un bramido escalofriante, tajó el denso misterio de la noche. Enmudecieron los grillos en las retamas, se zambulleron, del susto, las ranas en los charcales y hasta la Luna puso una cara de espanto como si le hubieran anunciado que volvía a *resucitar* García Prieto...

El autor del bramido era Antonio. Antonio que de un salto de elasticidad felina se había plantado en el lugar del su-

GUAYABOS QUE LUCHAN



PEPE SAMA



El jefe.—Tiene usted hoy las manos muy torpes, señorita.

—Lo mismo me decía anoche mi novio en el cine.

ceso, sin dar tiempo a que los traidores recobrasen su postura normal de bípedos.

El señorito, ante el gesto iracundo del gitano, requirió su revólver, pero el otro; más ágil hundió su mano en el bolsillo de la americana. La gitana dió un grito, y se volvió de espaldas aterrada... Segundos después se volvió al escuchar que su novio decía:

—¡ Tome usted, señor! ¡ Si er que la jase la paga !

—¿ Pero qué me da usted? ¿ Qué es esto?—murmuraba extrañado el señorito.

—¡ Pues qué ha de sé, señor? ¡ La factura !

MANUEL MORCILLO.



cuentos de camino el sátiro

Severiana friega la escalera. Arrodillada en el suelo, su popa rotunda se ofrece a toda clase de voracidades lascivas.

De repente, un hombre, un sátiro que espía en la sombra, de un salto simiesco se arroja, sobre ella, y la infeliz Severiana siente en su regazo la presión de unas zarpas feroces, y en su nuca el mordisco de unos dientes crueles. Aquel hombre de fuerzas de titán la domina y la toma. La domina por la astucia, y la toma por otra cosa...

Severiana enloquecida grita:

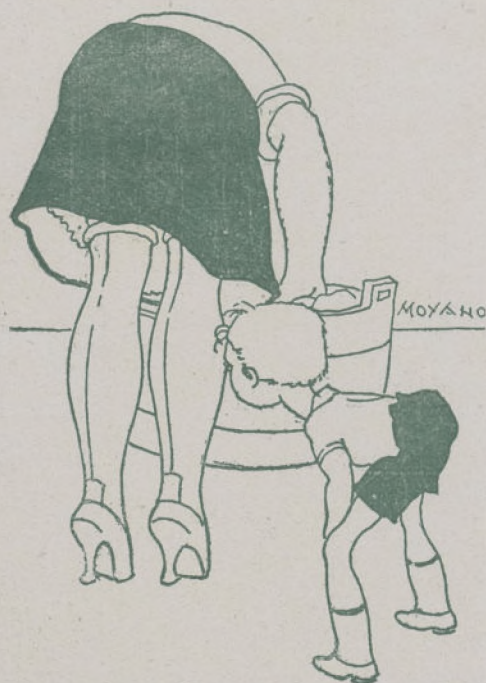
—¡Serenos! ¡¡Serenos!!!...

Y para el sátiro, la proximidad del peligro, es un trallazo en la medula que exagera sus deseos.

La lucha es incruenta, pero Severiana se debate con furia primero, con desmayo después, agotadas sus fuerzas en pugna con las del macho.

Y su voz, cada vez más ronca se apaga y debilita:

—¡¡Serenos!! ¡¡Serenos!! ¡Se... se... serenos!... ¡se... se... ¡¡¡Serenitosoooo!!! ¡¡¡Serenitosoooo!!!



—¡Arrea! Ya podía buscar mi madre el cepillo de las botas.

A NUESTROS YA ENTRAÑABLES LECTORES:

Esfuerzos como el que hemos realizado al lanzar este primer número de *La Hoja de Parra*, no se pueden hacer todos los días. Sin embargo, «si sois buenos» y seguid favoreciéndonos, os prometemos grandes sorpresas sin aumentar el precio de 10 CENTIMOS

EDITORIAL CASTRO, S. A.

TIRADA DEL PROXIMO NUMERO:

100.000 EJEMPLARES



Pepita Baker que se exhibe en París con un agosto. En este número nos es imposible enseñar a ustedes el tonto de la Baker (Foto Valery, París.)